

PREGÓN EN HONOR A SAN GINÉS DE LA JARA

Patrón de Cartagena



TORRECIEGA (Cartagena)

24-08-2008

Ilmo. Sr. Hermano Mayor de la Cofradía de San Ginés de la Jara.

Rvdo. Padre, Párroco de la Iglesia de San Ginés de la Jara y Capellán de la Cofradía.

Parroquianos de San Ginés y Torreciega.

Feligreses y devotos, amigos todos.

*

San Ginés, San Ginés de la Jara...

Tan sólo su nombre, labrado a la sombra del Monte Miral, despierta en el cartagenero todo un universo donde la tradición y la leyenda, donde la devoción y la religiosidad, se funden en un solo ego. Un nombre donde más allá de las orillas del Mar Menor quiso también estar presente –tal vez para siempre, tal vez para nunca- en este rincón mediterráneo llamado Cartagena.

Y es aquí donde despiertan mis pensamientos, como si de un sueño se tratara, de aquella memoria perdida -ignorada por muchos- que un día palparon nuestras calles –las del universo de esta ciudad- y que bien podrían hablar de ella nuestros ancestros.

Y aún lo puedo ver, a él, como perdido en el tiempo, allí en la segunda década del siglo XX...

Caminaba despacio, lentamente, siendo testigos de sus pasos las viejas y empinadas calles del viejo barrio de Pescadores. Humildes lugares –como humildes y sencillos eran sus habitantes- de intrahistoria labrada a la sombra de una antigua Catedral.

Su mirada, cautiva, perdida en sus pensamientos, reflejaba el rostro de un hombre cansado, quién sabe si demasiado cansado. La misma que por sí sola, si le preguntabas, te hablaba de una larga vida y de un niño que vio la luz por primera vez en 1849, allí en un viejo caserón –como si del destino se tratara- de la emblemática y cartagenera calle Jara.

Aquel viejo marino, oficial de la Armada, podría hablarte de mil océanos y de mil mares, de cañoneros y mercantes, de islas remotas, y de sangre y muerte disfrazada de glorias militares...

Aquel viejo político que fue, podría hablarte de la capital de un Reino desmembrado, del Congreso, del Senado, y de un tiempo convulsionado, gris, como aquella España gris. Y también, mirándote a los ojos podría hablarte de la belleza de la vida y de la acritud de sus miserias... ¡tantas cosas!

Tal vez por ello, el hoy enigmático Luis Angosto Lapizburú, cartagenero, y hombre culto y bueno donde los hubo, caminaba todos los días por los barrios más humildes de la ciudad. De fuertes convicciones religiosas –que no beato, como diría nuestro inolvidable Isidoro Valverde- contaban que allende en los mares llegó a comprar esclavos, para después liberarlos y cristianizarlos.

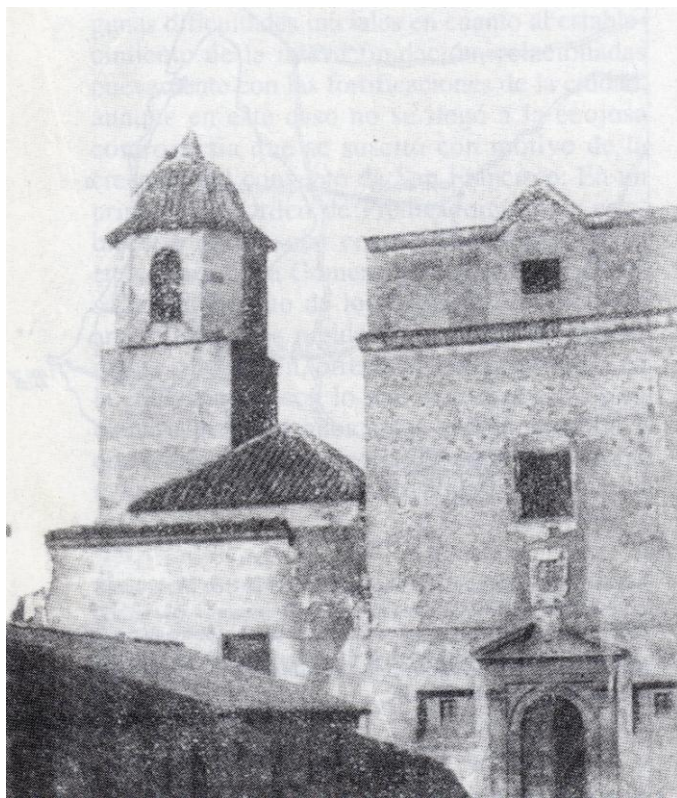
Por ello no era raro verlo diariamente con su inconfundible barba blanca, o con su galera, recogiendo niños desarraigados por las calles. Si los encontraba descalzos les compraba calzado en la primera alpargatería que veía, y si hambrientos, paraba en cualquier confitería, o en su caso, les daba de comer en la bodega que existía en la casa número 11 de la calle de la Caridad. Pero ya hoy nadie se acuerda de aquello...

Alguien escribiría alguna vez que por las noches su casa de la calle del Duque era invadida por esos mismos niños a los que daba de cenar, enseñaba a leer y explicaba la doctrina cristiana, y es que así era Luis Angosto, refundador en 1917 y Hermano Mayor de la Cofradía de San Ginés de la Jara.

Por eso qué lugar más hermoso que nuestro barrio de San Ginés y nuestra querida Torreciega para recordar hoy, en estas fechas tan significativas, la memoria merecida de este inconfundible hombre.

Y es que desde siempre aquel cartagenero, historia olvidada donde las halla, se sintió atraído por aquel lugar: el bendito “rinconcico” de San Ginés –como decimos en esta tierra- con su legendario y hoy triste monasterio.

Desde muy joven - quiero hasta pensar que desde niño- tuvo la sensación de encontrarse, cada vez que paseaba por San Ginés de la Jara, en un universo completamente distinto, un lugar donde la paz interior lo iluminaba todo. El mismo paraje, el mismo lugar, cuya tradición abre sus páginas al siglo IV.



Y es que su vida, tan convulsionada, necesitaba de esa paz que tanto ansiaba...

Y allí, año tras año, cuando las circunstancias lo permitían, la Cofradía de San Ginés, la renacida en la Catedral Antigua de las cenizas de la allende existente siglos atrás, se encaminaba a celebrar entre sus muros el día de su Patrón –el Patrón de Cartagena-, dirigiendo sus pasos hacia el convento que pace junto al Monte Miral.

El Mar Menor, el aroma a tomillo y una fachada renacentista les daban la bienvenida, invitándolos a acceder a su iglesia. Y como si de una tradición se tratara, no faltaba quién preguntara, momentos antes de la misa, el origen de la heráldica que lo presidía. Una sonrisa esbozaba la cara del bueno de Don Luis, y con orgullo algún cofrade de San Ginés, explicaba la historia del

convento, y el significado histórico de los escudos de los Fajardo y de la Orden Franciscana, los mismos que un día rigieron los destinos de aquellos sagrados muros, Corazón de tradiciones del Mar Menor...



Y allí, rodeado del fervor de las buenas gentes de Cartagena, La Unión, El Algar, El Estrecho, El Llano del Beal, Los Nietos... y mil sitios más de nuestro Rincón, se podía escuchar la belleza de la oratoria del Padre Salvador Esteban, aquel incombustible claretiano de la Rectoría de la Asunción – nuestra reivindicada Catedral Antigua-.*

Sin embargo, más allá de la belleza de la arquitectura del monasterio, había un lugar especial que invitaba al recogimiento y al mundo del silencio. Y allí, en aquél emblemático 25 de agosto, tras la misa, su preciado huerto envolvía la paz espiritual de todos sus visitantes, de todos los devotos de nuestro milagroso Patrón: San Ginés de la Jara.

Aquel lugar que antaño sirvió de sustento a extinguidas órdenes mendicantes ofrecía cuatro zonas distintas y tres caminos que te abrigaban del sol, rodeados de palmeras, naranjos y viñedos. Y para qué decir de sus cuatro embalses, que hacían del huerto un auténtico vergel, compitiendo en belleza con el entorno de Lo Poyo y la espectacular e irrepetible estampa del Mar Menor.

-“*Si sus muros hablaran...*” pensó, mientras caminaba por su paraje.

* Inspirado en las celebraciones realizadas en el Convento de San Ginés en honor a nuestro Santo Patrón en agosto de 1919.

Y dirigiendo la mirada hacia el lado norte del monasterio -su antigua Torre Fuerte- quiso ver por unos momentos a los antiguos frailes agustinos que en el siglo XIII se aposentaron en su pequeña y antigua ermita. Los mismos que atraídos por la magia y el misticismo de aquel lugar buscaron la paz espiritual rememorando los pasos de un antiguo eremita francés.

-“*Cultura de culturas, Historia de la historia...*” diría el Sabio que un día paseó por las arenas del Mar Menor. Y recordando esas palabras, el viejo Hermano Mayor de San Ginés siguió andando bajo la sombra de agrios y palmeras...

Su mente se aventuró dos siglos más tarde, cuando Juan Chacón adelantado del Reino -o lo que es lo mismo, el Marquesado de los Vélez- hizo florecer aquél lugar, instalándose en él los frailes franciscanos. Por unos instantes contempló a aquellos ocho religiosos que hicieron del más bendito rincón de la laguna salada, el centro espiritual de romeros y peregrinos que se acercaban -como antaño en la Edad Media- a venerar a su santo. Un nombre, una devoción que vio nacer la Feria de Cartagena a la sombra del convento, la misma advocación oficializada en 1541 bajo los auspicios del Papa Pablo III.

Y siguió recordando...

Absorto en sus memorias recuperó la presencia del mítico licenciado Cascales entre sus muros y recordó la bella historia de aquél zahorí que un día de 1585 aseguró haber encontrado el cuerpo de San Ginés. Y hasta por unos momentos creyó escuchar el estruendo de los arcabuces de aquellos frailes del XVII, repeliendo el ataque de los temidos berberiscos que continuamente asolaban las costas cartageneras y nuestro querido Mar Menor.

El mismo siglo, la misma centuria que vio crecer en belleza e identidad al convento, alcanzando su máximo esplendor arquitectónico con su claustro, el refectorio, las celdas, la capilla de San Antonio..., todo un universo punto de encuentro de Fe y

tradiciones. La misma época que vio como en 1677 el Ayuntamiento de Cartagena nombraba a San Ginés de la Jara Patrón de la Ciudad.

-“¿Pero por qué su fin?” Se preguntó hace muchos años cuando era niño. Y su mente volvió a recordar...

Aquel mundo conventual de belleza, austeridad y rezo diría adiós en 1835 tras una triste desamortización y la desaparición entre sus muros de su sacra oratoria. Un mundo que más adelante pasaría a manos de particulares, los mismos que obviando su pasado malograron su estructura y la entregaron con los años al más cruel abandono de los tiempos.

Pero si el monasterio simboliza la historia, el monte que da sombra al Convento, el Monte Miral, el monte del *Mineral* –como un buen día denominara Fray Melchor de Huélamo- expresa los sentimientos más íntimos, la espiritualidad, el recogimiento y hasta incluso... el sufrimiento del minero.

Sin pretenderlo atisbó su mirada hacia él y pudo ver aquél viejo eremitorio de origen árabe que en su momento llegó a reunir nueve ermitas. Y por su mente, junto a la sombra de Paulo Orosio –el primer eremita- pasaron fugazmente los nombres de las advocaciones de dichos lugares: San Pablo, irrepetible rincón de hermosos madrigales pintados en sus paredes, San Hilarión de Gaza –el primer ermitaño-, San Antonio Abad, la penitente Magdalena...

O qué decir de la ermita de San Jerónimo, Doctor de la Iglesia, o el Niño Bautista, con su cayado, zamarra y la concha eucarística... Todos lugares donde una vez hubo Fe, devoción y silencio, mucho silencio... El mismo que respiraba el anacoreta de la ermita de San Onofre, aquel santo varón que murió acompañado de un ángel, o el de San Francisco de Asís, buscando entre oraciones la dicha de morir bajo los cinco estigmas de Cristo.

Pero si había un lugar especial, ésta era la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles, la más grande de todas y de la cual Luis Angosto guardaba sus más bellos recuerdos. El misticismo lo envolvía todo, arropado de su bella leyenda, aquella que hablaba que fue construida por los propios ángeles, la misma que hablaba que San Ginés de la Jara dejó labrada las huellas de sus rodillas en ella, de las incontables veces que la oración le reclamaba subir al eremitorio.



Allí arriba, en aquel monte santo, los pensamientos lo inundan todo, más aún cuando contemplas en soledad ese milagro de la Naturaleza llamado Mar Menor. Y dónde mejor para rememorar las leyendas del Santo Ginés de la Jara, donde cruentas tempestades a la altura de Cabo de Palos le arribaron a nuestra costa, flotando sobre su hábito. O aquella que habla del destierro de Abelardo Ginés, sobrino del emperador Carlomagno, que le llevó a la vida eremítica a tres leguas de Cartagena, marcando con ello el punto de encuentro de peregrinaciones y romerías...

Tal vez por ello el Hermano Mayor de la Cofradía de San Ginés de la Jara –Hermano Mayor a su vez de la del Cristo del

Socorro- al dejarnos tristemente el 13 de junio de 1922, quiso ser enterrado allí, en el cementerio del Rincón de San Ginés, junto al Convento que le da nombre.

Pero más allá de este recuerdo, de esta historia recuperada por unos instantes hoy aquí, existe la memoria perenne del Santo Ginés en Cartagena. La de un mítico y emblemático lugar, la *Plaza de San Ginés*, en el mismo entorno donde antaño, hasta mediados del siglo XVII, se ubicaban las puertas del mismo nombre, las mismas que te encaminaban hacia el Convento... Aquella plaza donde año tras año la Cofradía Hermana del Stmo. y Real Cristo del Socorro, teniendo como testigo a la centenaria figura de San Ginés -allí, en la esquina de la Casa de los Duques de Nájera- entona su última salve a la Stma. Madre de la Soledad del Consuelo. El mismo lugar donde el Santo Cristo Moreno obró su Milagro ante las súplicas del Duque de Veragua...



Y qué decir de nuestro Barrio de San Ginés. Y qué decir de nuestra querida Torreciega. Dos núcleos de población unidos por el fervor de una misma parroquia: San Ginés de la Jara. El mismo sagrado rincón morada del Patrón de Cartagena que cada año ve crecer en devoción la figura de nuestro entrañable santo. El mismo lugar auténtico centro dinamizador de esta zona cartagenera, sin cuya presencia no podría entenderse el presente de nuestros barrios, y cómo no, la refundación hoy día de nuestra querida Cofradía de San Ginés de la Jara...

Sin embargo, hoy aquí, en nuestra querida Torreciega, quisiera pedirlos permiso para evocar un recuerdo íntimo y

personal. Mi mente por unos momentos siente –quiere- trasladarse a una remota y apartada calle de nuestro querido barrio, el mismo lugar donde la vida de una chiquillería era eso, vida. Era ilusión, juventud y el deseo de formación, cultura, educación. Mi mente viaja brevemente a la calle Trajano, a mi añorado Colegio Astur...

Muchos ignorarán sus raíces, nacidas en el lejano 1968, y por ello no quisiera dejar de evocar la figura de su fundador D. Teodoro Rodríguez, coincidente en el tiempo con los primeros pasos de la Parroquia San Ginés –con sus misas en una sencilla cochera- quién tendió la mano desinteresada a un Colegio Astur que arrancaba.

El mismo Colegio, el mismo lugar, cuyos domingos abría sus puertas para que se pudiera impartir la eucaristía de San Ginés en sus instalaciones -dos sencillas aulas en sus inicios- y ya metidos en el mes de mayo sus Comuniones. Y es que el cariño de queridas compañeras mías evocan estos bellos recuerdos...

No sería quién para nombrar todo el profesorado que pasó por sus aulas durante sus treinta y siete años de existencia, para eso están nuestros alumnos. Hombres y mujeres que hoy te ven por la calle, te paran y te saludan con un ¡Hola profe! Los mismos que te sacan cuatro palmos y a los que no puedes evitar decirles: ¡Madre mía qué grande estás! ¡Cómo has crecido! Aquellos que tú sigues viendo pequeños, porque tu mente sigue viendo a esos mismos niños, a esas mismas niñas, que un día pasaron ante ti, por sus aulas, por mi Cole Astur...

Para finalizar en este día tan significativo no quisiera acabar estas líneas en honor a nuestro Patrón sin recordar una bella estrofa, aquella que cierra el himno a San Ginés de la Jara, escrito en 1917 por el Padre Salvador Esteban. Sirvan estas palabras, nacidas en la Puerta de la Villa, como homenaje a todas las generaciones de cartageneros, que, aunque solo fuera por un instante, supieron en algún momento de sus vidas dirigir su mirada y su devoción a San Ginés de la Jara:

*Cuando el ángel fatal de la muerte
sobre el pueblo sus alas tendió,
Cartagena fió en ti su suerte
y fallida su Fe nunca vio.*

*Y este pueblo creyente y piadoso
que a leal a ninguno cedió,
bendiciendo tu auxilio amoroso
por Patrón especial te aclamó.*

JOSÉ LUIS CARRALERO ALARCÓN



Imagen de San Ginés de la Jara. Plaza de San Ginés. Cartagena